11135

CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

LA ESPAÑA DRAMATICA.

DE

D. PABLO AVECILLA.

UNA APUESTA.

PUNTOS DE VENTA EN MADRID:

D. Juan Diaz de los Rios, *calle de Carretas.*

D. José Cuesta, *calle Carretas* 9.

IMP. DE C. GONZALEZ.—S. Antonio, 26.
1859.

15.

CÁTALOGO *de las obras dramáticas de la propiedad del* CÍRCULO LITERARIO COMERCIAL.

DRAMAS EN TRES ó MAS ACTOS.

El monarca cenobita.
Miguel el esclavo.
Soberbia y humildad.
Cid Rodrigo de Vivar.
La India.
Vida por honra.
Madrid por dentro.
Entre el cielo y la tierra.
Susana.
La duda.
Los Hijos de la noche.
El Capitan Pacheco.
Hamlet.
Don Alvaro de Luna.
El Triunfo del pueblo libre.
Napoleon en España.
Kuser ó los bandos de Holanda.
La Torre del Duero.
Magdalena.
La Pasion.
El Hijo del ciego.
El Castillo de Balsain.
Los Contrabandistas del Pirineo.
El Puente de Luchana.
¡Creo en Dios!
¡Las Jornadas de Julio!
Pedro Navarro.
Don Rafael del Riego.
La Niña del mostrador.
La Mano de Dios.
Remismunda.
¡Redencion!
Rioja.
Mujer y madre.
El Curioso impertinente.
La Aventurera.
La Pastora de los Alpes.
Felipe el Prudente.
Dios, mi brazo y mi derecho.
El Fénix de los ingenios.
Ricardo III.
Caridad y recompensa.
El Donativo del diablo.
La Hija de las flores.
El Valor de la mujer.
La Fuerza de voluntad.
La Máscara del crimen.
[illegible]strella de las Montañas.
[illegible]raza.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Andres Chenier.
Adriana.
La Ley de represalias.
El Ramo de rosas.
Caibar, *drama bardo.*
El Trovador, *refundido.*
Cristobal Colon.
Un Hombre de estado.
El Primer Giron.
El Tesorero del Rey.
El Lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Ultimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Diego Corrientes.
El Bufon del Rey.
Un Voto y una venganza.
Bernardo de Saldaña.
El Cardenal y el ministro.
Nobleza republicana.
Doña Juana la Loca.
El Hijo del diablo.
Sara.
Garcia de Paredes.
Boabdil el chico.
El Fuego del cielo.
Un Juramento.
El Dos de Mayo.
Roberto el Normando.

COMEDIAS EN TRES ó MAS ACTOS.

Por ser ella sin ser ella.
El hijo natural.
El dinero y la opinion.
Un hombre importante.
Quien mas mira menos ve.
La escala de la vida.
Unos llevan la fama.
Las Indias en la córte.
¡Mejor es creer!
Los Organos de Móstoles.
La Escuela de los ministros.
El Fondo y la corteza.
El Tesoro del Diablo.
La Flor de la maravilla.
El Agua mansa.
Un Infierno ó la casa de huésps
El Duro y el millon.
El Oro y el oropel.
El Médico de cámara.
Un Loco hace ciento.
La Tierra de promision.
La cabra tira al monte.
Sullivan.
El Peluquero de Su Alteza.
La Consola y el espejo.
El Rábano por las hojas.
Tres al saco....
Un Inglés y un vizcaino.
A Zaragoza por locos.
Los Presupuestos.
La Condesa de Egmont.
La Escuela del matrimonio.
Mercadet.
Una Aventura de Richelieu.
Deudas de honor y amistad.
Merecer para alcanzar.
Para vencer, querer.
Los Millonarios.
Los Cuentos de la reina de Nav
El Hermano mayor.
Los Dos Guzmanes.
Jugar por tabla.
Juegos prohibidos.
Un Clavo saca otro clavo.
El Marido Duende.
El Remedio del fastidio.
El Lunar de la Marquesa.
La Pension de Venturita.
Quién es ella?
Memorias de Juan Garcia.
Un enemigo oculto.
Tramp as inocentes.
La Ceniza en la frente.
Un Matrimonio á la moda.
La Voluntad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embajador y Hechicero.
Mauricio el republicano.
A quien Dios no le dá hijos...!
La Nueva Pata de Cabra.
A un tiempo amor y fortuna.
El Oficialito.
Ataque y Defensa.
Ginesillo el aturdido.

Estudio y mano Mala

UNA APUESTA.

COMEDIA EN UN ACTO,

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR D. MANUEL TAMAYO Y BAUS.

Representada por primera vez en el Teatro de la Comedia el 20 de Mayo de 1851, á beneficio del primer actor D. Joaquin Arjona.

N.° 146.

MADRID: 1860.

IMPRENTA DE CRISTOBAL GONZALEZ,

Calle de S. Vicente alta, núm. 52.

Al Sr. D. Joaquin Arjona.

Apuesto, ya que de apostar se trata, á que á pesar de la humildad de la ofrenda, no se desdeña V. de admitir el tributo de reconocimiento y admiracion que le rinde su cariñoso y apasionado amigo

Manuel Tamayo y Baus.

Esta obra es propiedad del D. PABLO AVECILLA, quien perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscriciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, 18 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844 y Ley sobre la propiedad literaria de 10 de Junio de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada, que distingue á los legítimos.

PERSONAGES.	ACTORES.
DOÑA CLARA.	Doña Juana Samaniego.
JULIA.	Doña Joaquina Samaniego.
DON FÉLIX.	Don Joaquin Arjona.

Madrid.—184...

ACTO UNICO.

Sala elegantemente amueblada : puerta al foro: dos laterales y una ventana á la derecha en segundo término.

ESCENA PRIMERA.

CLARA, sentada junto á un velador.—JULIA, bordando.

CLARA. Julia.

JULIA. Señora.

CLARA. Has visto á mi abogado?

JULIA. Sí, señora.

CLARA. Y cuándo tendrá fin ese interminable pleito?

JULIA. Cuando escribanos, procuradores y alguaciles hayan dejado exhausta su gabeta de usted.

CLARA. Pronto conseguirán su objeto.

JULIA. No faltaba más sino que despues de tantos afanes y tan crecidos gastos...

CLARA. La razon está de mi parte: mi causa no puede ser mejor.

JULIA. Ay señora! Si usted poseyese doble dinero, todo el mundo creeria que tenia usted razon doble, y su causa seria por lo tanto doble mejor.

(Pausa. Julia sigue bordando.)

CLARA. Julia.

JULIA. Señora.

CLARA. Me fastidio.

JULIA. Efecto de la viudez.

CLARA. Es que tambien me fastidiaba antes.

JULIA. Efecto del matrimonio.

677082

CLARA. Entonces, cómo se ha de arreglar una para no fastidiarse?

JULIA. Para no fastidiarse es preciso amar.

CLARA. Pero el amor conduce al matrimonio.

JULIA. Es verdad... y entonces vuelta á lo mismo. (Pausa.)

CLARA. Julia.

JULIA. Señora.

CLARA. Dame un libro.

JULIA. Cuál?

CLARA. El que se te antoje.

JULIA. Le fastidiará á usted.

CLARA. No importa. (Julia le dá uuo de los libros que habrá sobre una mesa. Clara se levanta y va á leer apoyándose en la ventana.)

JULIA. Se asoma á la ventana. Apuesto á que el vecino está en la suya.

CLARA. Qué dices?

JULIA. Que voy á cantar. (Lo hace.)

CLARA. No, no: calla por Dios.

JULIA. Desde hace algun tiempo le gusta á usted mucho asomarse á la ventana.

CLARA. Hola! Eso has notado!

JULIA. Quiero decir, que como está usted fastidiada, necesita tomar el aire.

CLARA. Ocúpese usted de sus quehaceres, señora bachillera.

JULIA. Mal humor!... El vecinito no habrá parecido todavía. Mirarse y no decirse una palabra! Y esto desde hace dos meses. Un buen casamiento valdria más que ese amor en perspectiva. He oido decir que ese caballero es tan ingenioso, tan agudo... Pues bien, que se presente. A un hombre entendido debe serle muy fácil hallar un pretesto para venir á consolar á las mujeres que se fastidian.

CLARA. Ah!

JULIA. Qué es eso?

CLARA. Corre: he dejado caer el libro á la calle.

JULIA. El libro, señora!

CLARA. Corre: un jóven le ha recogido y pudiera llevársele.

JULIA. Oh! Ha sido un jóven? Corramos. (Váse.)

ESCENA II.

CLARA.

Qué pesadez! Ese caballero va á creer... Me habrá visto?.. Sin duda, puesto que habrá mirado... Si subiese... Esa muchacha tendria la culpa... Ella ó yo?

ESCENA III.

CLARA.—JULIA.

JULIA. Ese caballero quiere entregar á usted el libro en propia mano. Ni siquiera me ha dado tiempo para bajar la escalera. Creo que es el caballero que vive en la casa de enfrente.

CLARA. Cómo! Ese caballero?...

JULIA. Que parece tan amable, tan fino, que se asoma á la ventana siempre que usted está en la suya, que me saluda cuantas veces me encuentra...

CLARA. Y dices que quiere?...

JULIA. Entregar el libro á usted misma.

CLARA. Empeño más singular! Tu pesadez es causa de esta imprudencia.

JULIA. Decídase usted, señora. Entra?

CLARA. Un desconocido... No, no puede ser.

JULIA. Entonces se llevará el libro.

CLARA. Julia, yo no quiero quedarme sin mi libro.

JULIA. Pase usted adelante, caballero.

ESCENA IV.

DICHAS.—DON FÉLIX. Este entrega el libro á Clara, haciéndole una profunda cortesía.

CLARA. Gracias, caballero. No valia la pena de que usted se molestase.

FÉLIX. Pena, señora! Solo la he experimentado cuando dudaba si me permitiria entrar en su casa de usted.

CLARA. No teniendo el honor de conocer á usted, me parece algo extraordinario...

FÉLIX. Deja usted caer un libro, yo le recojo; se le devuelvo á usted y usted lo recibe. En todo esto lo único que hay de extraordinario es el placer que siente mi corazon en este momento.

CLARA. Debo extrañar por lo menos que haya usted insistido en entrar en mi casa.

FÉLIX. Habiéndola visto á usted, era muy natural que insistiese.

CLARA. A pesar de tan extremada galantería, debo advertir á usted que esta es la primera vez que tengo el honor de verle.

FÉLIX. Preciso es, señora, que las gentes se vean por la primera vez.

CLARA. Y como hay probabilidades de que tambien será la última...

FÉLIX. La última?.. Pues si esta ha de ser la última felicidad de mi vida, permítame usted que la prolongue todo lo posible.

CLARA. Semejante obstinacion.

FÉLIX. Es muy disculpable. Y le advierto á usted con la franqueza que me caracteriza, que estoy decidido á quedarme.

CLARA. Quédese usted, caballero.

JULIA. (No se hará de rogar.)

FÉLIX. (Acercando una silla.) Tome usted asiento.

CLARA. Caballero.

FÉLIX. Estará usted más cómoda.

CLARA. (Sentándose.) Pero, en fin, qué placer halla usted?

FÉLIX. (Sentándose tambien.) Tengo ojos.

CLARA. Me está usted haciendo una declaracion?

FÉLIX. Ni más, ni menos.

CLARA. Pues le advierto á usted que no creeré ni una sola palabra de cuanto me diga.

FÉLIX. Usted me cree ya.

CLARA. De veras?

FÉLIX. Sabiendo usted que es entendida y hermosa, no me hará la injuria de creer que no sé apreciar tan raras cualidades.

CLARA. Conque segun usted dice, yo sé que soy hermosa y entendida?

FÉLIX. Sin duda hace mucho tiempo que usted lo sabe, puesto que yo no he necesitado más que un instante para conocerlo.

JULIA. Tiene usted algo que mandarme, señora?

FELIX. Por mí no se detenga usted si desea retirarse. (Levantándose.)

CLARA. (Levantándose tambien.) Espero que este caballero, cuando me vea sola, no querrá abusar por más tiempo de mi dificil situacion, y tomaré el mismo partido.

FÉLIX. Eso no pasa de ser una suposicion.

JULIA. (Entiendo.) (Váse.)

ESCENA V.

CLARA.—FÉLIX.

CLARA. (Despues de una pausa.) Se queda usted?

FÉLIX. Si usted se enfada, voy á volverme á sentar.

CLARA. Más vale echarlo á broma. Pero vamos, qué utilidad puede resultarle á usted de permanecer aquí?

FÉLIX. Dudo si podrá resultarme alguna utilidad, pero mi gozo es indisputable.

CLARA. Y con tal de que usted goce, nada importa que yo...

FÉLIX. Tengo la presuncion de creer que la divierto á usted.

CLARA. Tal vez haya usted adivinado.

FÉLIX. Me precio de adivino.

CLARA. Y creerá usted sin duda que ya ha logrado agradarme?

FÉLIX. Convenga usted por lo menos en que eso no es imposible.

CLARA. No hay remedio: es preciso reirse... Continúe usted...

FÉLIX. Desde el instante en que vemos á una persona, sabemos si nos agrada. Todo lo que sucede despues, no es más que una consecuencia de este primer momento.

CLARA. Usa usted ese lenguaje con todas las mujeres?

FÉLIX. Le aseguro á usted que esta es la primera vez...

CLARA. Conque debia usted ser impertinente una sola vez en su vida, y ha recaido sobre mí la preferencia?

FÉLIX. Siguiendo las reglas ordinarias, me hubiera visto reducido á devolverle á usted su libro, á saludarla respetuosamente, y á retirarme triste y silencioso sin abrigar siquiera la esperanza de volverla á ver jamás. Entre dos males, fuerza ha sido elejir uno, y he preferido correr el riesgo de desagradar á usted, á perder la sola ocasion que se me ofrecia de contemplar rostro tan hechicero y oir tan dulce voz.

CLARA. De modo que debo darle á usted las gracias.

FÉLIX. Debe usted perdonarme; y si en lo sucesivo sigo valiéndome de medios semejantes, es porque prefiero enojarla á usted á serla indiferente.

CLARA. Pero en fin, qué espera usted de todo esto? Cuáles son sus proyectos?

FÉLIX. Seguir viéndola á usted todo el tiempo posible.

CLARA. Decididamente?

FÉLIX. Decididamente.

CLARA. Entonces, sentémonos.

FÉLIX. Iba á suplicárselo á usted. (Se sientan.)

CLARA. He dicho antes que esta entrevista me parecia inútil: ahora empiezo á creerla peligrosa...

FÉLIX. Para quién?

CLARA. Oh! para usted.

FÉLIX. No comprendo.

CLARA. Con un corazon capaz de inflamarse tan fácil y repentinamente, corre usted peligro...

FÉLIX. De qué?

CLARA. De enamorarse.

FÉLIX. Ya no puedo yo correr ese riesgo...

CLARA. Cómo! Está usted ya enamorado?

FÉLIX. Hasta no más.

CLARA. Tentada estoy por creerlo para divertirme á costa de usted.

FÉLIX. Diviértase usted, señora; diviértase usted.

CLARA. Y segun esos principios sobre las repentinas sensacio-

nes del alma, sin duda supondrá usted que ya ha empezado á obrar en mí la simpatía...

FÉLIX. Mi franqueza pudiera desagradarle á usted.

CLARA. No, no; ya empiezo á acostumbrarme...

FÉLIX. Buena señal.

CLARA. Conque espera usted?...

FÉLIX. De lo contrario estaria yo aquí?

CLARA. Dispénseme usted si me rio...

FÉLIX. Con mil amores. La risa añade nuevos encantos á su rostro de usted.

CLARA. Y en qué se funda semejante confianza?

FÉLIX. Cuando un hombre desea verdaderamente hacerse amar, no puede menos de conseguirlo...

CLARA. Está usted seguro de lo que dice?

FÉLIX. Mi receta es infalible...

CLARA. Y usted que reune varias cualidades envidiables, debe abrigar mayor confianza que cualquiera otro.

FÉLIX. Es una probabilidad más en favor mio.

CLARA. Y cuándo empezaré yo á sentir esos efectos inevitables?

FÉLIX. Desde ahora mismo.

CLARA. Oh! Le amo á usted ya?

FÉLIX. No digo tanto, pero mi suerte está ya decidida: y solo será una consecuencia necesaria de esta primera entrevista, su ódio ó su amor de usted en lo sucesivo...

CLARA. Oh! Usted está bien seguro de que al fin acabaré por amarle...

FÉLIX. Absolutamente seguro, no; pero lo apostaria.

CLARA. Que lo apostaria usted?

FÉLIX. Si señora.

CLARA. Hágame usted el obsequio de señalar un plazo.

FÉLIX. Se admiraria usted si le dijese cuán poco tiempo se necesita...

CLARA. Tiene usted carta blanca.

FÉLIX. Pues bien, señora, pediria... veinticuatro horas.

CLARA. (Irónicamente.) Un dia entero!

FÉLIX. Si gano antes, tanto mejor.

CLARA. Pero cómo sabrá usted si ha ganado?

FÉLIX. Al espirar el plazo, usted declarará los sentimientos que abrigue por mí.

CLARA. Esa confianza me es muy lisonjera.

FÉLIX. Es un cálculo.

CLARA. Un cálculo?

FÉLIX. Mediando una apuesta, su misma lealtad de usted la obligará á hacer una confesion vedada por las preocupaciones y la delicadeza en cualquiera otra circunstancia.

CLARA. Aun asi salgo gananciosa. Y apostaria usted mucho?

FÉLIX. Todo lo que se quisiera.

CLARA. Duéleme que nos conozcamos tan poco, porque á decir verdad, no me pesaria hacer esa apuesta, aun cuando no fuera más que para castigar tamaña presuncion.

FÉLIX. Me llamo Félix de Sandoval. Mis parientes han ocupado distinguidos puestos del Estado, y yo, señora, en la actualidad soy diputado á Córtes.

CLARA. Me lo habia figurado. Yo, caballero, me llamo Clara de Vargas, viuda del general San Estéban, y he venido á Madrid á pleitear contra un pariente.

FÉLIX. Me lo habia figurado tambien. Ya nos conocemos. Quiere usted apostar?

CLARA. Tengo un escrúpulo... No me gusta jugar con la certeza de ganar.

FÉLIX. El mismo escrúpulo tengo yo.

CLARA. De veras?

FÉLIX. Como usted lo oye. Apuesta usted?

CLARA. Apuesto.

FÉLIX. Formalmente?

CLARA. Formalmente.

FÉLIX. Enhorabuena.

CLARA. Qué cantidad?

FÉLIX. Sean... diez onzas.

CLARA. Mañana debo hacer un pago que asciende justamente á esa suma.

FÉLIX. Cuidado no vaya á duplicarse.

CLARA. Más fácil será que usted pague mis deudas.

FÉLIX. Si usted me ama, las pagaremos juntos.

CLARA. Conque, diez onzas?...

FÉLIX. Van apostadas?

CLARA. Empeño mi palabra.

FÉLIX. Y yo la mia.

CLARA. Pero ahora se me ocurre... Hace usted ánimo de permanecer á mi lado las veinticuatro horas convenidas?

FÉLIX. En rigor así se debia haber estipulado en el convenio. Pero no quiero abusar, y solo le pido á usted permiso para hacerle tres visitas, y esta se contará por una.

CLARA. Es usted muy generoso.

FÉLIX. La primera ha servido para poner sitio á la plaza, la segunda será el asalto y la tercera la rendicion... es decir el pago...

CLARA. Que usted me hará.

FÉLIX. Que vendré á recibir.

CLARA. Pronto veremos quién paga á quién.

FÉLIX. Y ahora que estoy autorizado para volver á su casa de usted, renuncio á las ventajas que podria proporcionarme una entrevista demasiado larga. (Levantándose.)

CLARA. Le aconsejo á usted que no vuelva.

FÉLIX Tiene usted miedo?

CLARA. Miedo, por usted.

FÉLIX. Menos lástima, la lástima es peligrosa.

CLARA. Mejor fuera desistir de tan loca apuesta.

FÉLIX. Eso equivaldria á declararme vencedor.

CLARA. Pues adelante.

FELIX. Adelante.

CLARA. (Mayor desfachatez!)

FÉLIX. (Hermosura más peregrina.)

CLARA. Conque la amaré á usted?

FÉLIX. Espero que sí.

CLARA. Veremos.

FÉLIX. Veremos.

CLARA. Beso á usted la mano, caballero.

FÉLIX. Señora, beso á usted los piés. (Saluda y vase.)

ESCENA VI.

CLARA.

Qué hombre tan original! Dos meses ha que no me habia sonreido una sola vez, y hoy... No volverá. Habrá querido divertirse... Qué osadia!... Qué impavidez! Aun en sus mismas impertinencias hay cierta gracia que le impide á una enfadarse formalmente. Pero si volviese, qué debo hacer? Burlarme de él. Es tan amable, tan fino!... No cabe en lo posible que espere ganar tan insensata apuesta... Quién sabe? Tal vez una excesiva presuucion le haga creer segura la victoria... Y bien mirado, ese caballero reune todos los requisitos necesarios para agradar á una mujer... Rostro expresivo, ingénio y una excelente posicion social... No hay duda, es muy digno de ser amado... Pero necesita una leccion, y aun cuando hubiese de dar á Julia la cantidad estipulada, estoy decidida á ganársela. Por ganada. Quién habia de amar á un loco semejante? Y eso sí, es muy ingenioso... A veces no sabia yo qué decir... Oh! me vengaré! Mucho sentiria que no volviese. Es tan divertido...

ESCENA VII.

CLARA.—JULIA.

CLARA. No sabes cuanto has perdido con irte.

JULIA. Nada he perdido: lo sé todo.

CLARA. Has estado escuchando?

JULIA. No he podido resistir á la curiosidad.

CLARA. Y qué dices de la apuesta?

JULIA. No me gusta mucho.

CLARA. Por qué?

JULIA. Me parece muy crecida.

CLARA. Tanto mejor.

JULIA. Usted no deberia haber arriesgado...

CLARA. Cómo arriesgado?

JULIA. Tiene usted un pleito que le cuesta mucho, y diez onzas no son un grano de anís.

CLARA. Nécia! Te figuras que las voy á perder?

JULIA. Como usted me ha dicho que es desgraciada en el juego.

CLARA. Te figuras que voy á sentirme asaltada por una pasion repentina?

JULIA. Como una no manda en su corazon.

CLARA. Tú no, pero yo...

JULIA. No hay que fiarse de los locos.

CLARA. Me estás juzgando por tí misma.

JULIA. Pero yo, señora, no arriesgaria nada; porque con estarle diciendo veinticuatro horas seguidas «no le quiero á usted, no le quiero á usted», todo estaba arreglado.

CLARA. Y mentirias por diez onzas?

JULIA. He mentido mil veces por muchísimo menos.

CLARA. Te creo.

JULIA. Si ese caballero vuelve, le diré que usted le detesta.

CLARA. Y quién te ha encargado semejante comision? No puedo desempeñarla yo misma?

JULIA. Usted, señorita, es demasiado honrada para atreverse á mentir.

CLARA. Eh! Basta! cuando vuelva Sandoval ven á avisarme.

JULIA. He observado que ya no está usted tan fastidiada.

CLARA. Déjame en paz. (Vá á cojer el libro.)

JULIA. No toque usted ese libro.

CLARA. Y por qué?

JULIA. Me parece de mal agüero.

CLARA. Bachillera! Cuando vuelva ese caballero le dirás... no, no le digas nada. Me llamarás. (Se retira y vuelve.) Mejor seria que dijeses que no estoy en casa... No, no; me llamarás. (Váse por la puerta de la izquierda.)

ESCENA VIII.

JULIA.

Puesto que de apostar se trata, apuesto á que mi señora ha ido á arreglar un poco su tocado; apuesto á

que no me ha mandado ayudarla porque no le gustan mis observaciones; apuesto á que teme perder y desea no ganar, y apuesto por último á que mis apuestas tienen más probabilidades de ganancia que la suya.

ESCENA IX.

FÉLIX.—JULIA.

FÉLIX. Estás sola?

JULIA. Voy á pasar recado á mi señora.

FÉLIX. No, no; antes quisiera hablarte.

JULIA. Hablemos, pues... Por otra parte, creo que ahora está muy ocupada... en el tocador.

FÉLIX. Bravo! Dime, quieres mucho á tu ama?

JULIA. Con todo mi corazon.

FÉLIX. Lo mismo me sucede á mí. Cuánto tiempo hace que murió su marido?

JULIA. Un año.

FÉLIX. Y amaba mucho al difunto?

JULIA. Le amaba como una mujer honrada ama siempre á su esposo.

FÉLIX. Y qué carácter tenia?

JULIA. Despótico con sus criados, frio y áspero con su mujer, era un huron un su casa: en la calle el hombre más alegre y más amable del mundo.

FÉLIX. Ese es el tipo general de todos los maridos. Y Clara sintió mucho su muerte?

JULIA. Mucho, muchísimo; pero ya quién piensa en eso?

FÉLIX. Sin embargo, solo hace un año...

JULIA. Cuando una mujer se queda viuda, grita como una loca por espacio de tres dias, llora durante dos semanas, suspira hasta que se pasan los tres primeros meses. Ya vé usted si en los nueve restantes hay tiempo sobrado para consolarse.

FELIX. Tú representarias muy bien el papel de viuda.

JULIA. Representaria bien otros muchos. Y la apuesta? Espera usted ganarla?

FÉLIX. Qué opinas tú?

JULIA. No sé qué decir á usted... veinticuatro horas! Si siquiera hubiera usted pedido un doble... Sin embargo, á mí se me figura...

FÉLIX. Que podré ganar?..

JULIA. Un corazon y diez onzas.

FÉLIX. Me contento con lo primero.

JULIA. Cédame usted lo segundo.

FÉLIX. Quieres hacer una apuesta conmigo?

JULIA. Temo perder.

FÉLIX. Veámos! Si te doy un marido buen mozo y una buena dote, apuesto á que rehusas.

JULIA. Pague usted, caballero, porque ha perdido.

FÉLIX. Pagaré. pero escucha. Cuando hables con tu señora, es preciso que le digas pestes de mí.

JULIA. Dios me libre!.. Se enojará.

FÉLIX. Así lo espero.

JULIA. Ah! ya caigo. Pues descuide usted, voy á avisarle que está usted aquí.

FÉLIX. Dime primero. Confia doña Clara en ganar ese pleito que la ha atraido á Madrid?

JULIA. No las tiene todas consigo. Y de él depende una parte muy considerable de su fortuna.

FÉLIX. Ya puedes avisarla cuando quieras.

JULIA. (Con este hombre bien se puede jugar al gana-pierde.) (Váse.)

ESCENA X.

FÉLIX.

Si los medios de que me valgo son extravagantes, pronto sabrás, encantadora mujer, que mi locura no tiene más objeto que el de conseguir tu amor. (Julia sale del cuarto de Clara y se retira por el foro.)

ESCENA XI.

DICHOS y CLARA con un elegante tocado.

CLARA. Usted aquí, caballero? No esperaba volverle á ver.

FÉLIX. Perdóneme usted, señora, si creo por lo contrario que usted estaba muy segura de que no faltaria.

CLARA. Sigue usted de tan buen humor?

FÉLIX. Pluguiese á Dios, señora! En este instante un grave peso abruma mi corazon.

CLARA. Le veo á usted venir. Pero sépalo usted, la melancolia me fastidia lo que no es decible. No quiero que emplee usted armas inútiles.

FÉLIX. La tristeza le parecerá á usted muy natural cuando sepa que al salir de aquí he recibido una carta de mi padre que me obliga á partir muy pronto.

CLARA. Eso es confesarse vencido.

FÉLIX. Advierta usted que aun permaneceré en Madrid las veinticuatro horas convenidas, y podré ganar la apuesta.

CLARA. Ganarla!..

FÉLIX. Eso es lo que más me aflije. Juzgue usted mi desesperacion cuando tenga que ausentarme en el momento mismo en que usted me haga la declaracion de su amor.

CLARA. Para que usted no se vea en semejante conflicto, hagamos cuenta de que nada ha pasado entre nosotros.

FÉLIX. Eso es confesarse vencida. Y veo con dolor, señora, que usted pagará los gastos de mi viaje.

CLARA. Por lo visto su tristeza de usted no aminora en nada su osadía.

FÉLIX. Aun me queda la suficiente para hacerle á usted una reconvencion.

CLARA. Hable usted.

FÉLIX. Al aceptar la apuesta no me ha dicho usted que su corazon pertenecia ya á otro?

CLARA. Está usted celoso? Mal medio para agradarme. Mi marido lo era.

FÉLIX. Yo he podido aspirar á conmover un corazon libre, pe-

ro nunca he abrigado la injuriosa esperanza de lograr hacerla á usted infiel.

CLARA. Voy á darle á usted cumplida satisfaccion sobre este punto. No amo á nadie, oye usted? A nadie.

FELIX. Pues bien, señora, basta ya de disimulo. Conozca usted por fin al hombre á quien acusa de fútil, de presuntuoso. Mi casa está enfrente de la de usted. Hace dos meses que espero horas enteras oculto detrás de una celosía, á que usted se asome á esa ventana, para contemplarla en silencio. Cuando usted canta, sus acentos penetran hasta el fondo de mi corazon. De antemano sabia la causa que la habia traido á usted á Madrid, y le juro á usted, señora, que he tomado una parte muy activa en todas sus inquietudes y todos sus pesares. Hoy una dichosa casualidad me ha proporcionado un pretesto para entrar en su casa de usted. Y qué me importa la apuesta? No puedo perderla habiendo logrado el inestimable placer de conocerla á usted mejor; no puedo perderla, en fin, si usted conserva un recuerdo de este pobre loco. Réstame añadir que mi padre quiere obligarme á contraer matrimonio, que me ordena partir para enlazarme á una mujer que no tiene sus atractivos de usted, á una mujer, á quien nunca podré amar, porque usted sola, encantadora Clara, reina en mi corazon. Conozco que solo debo inspirar desconfianza despues de tan extraña conducta; pero, ah señora! yo pondré mi mayor conato en borrar esta impresion desfavorable, y pronto sabrá usted que si no merezco su amor, tengo por lo menos sagrados derechos á su amistad. (Saluda y váse.)

ESCENA XII.

CLARA.

Se fué! Quisiera llamarle... y no me atrevo. Estoy aturdida! Es este aquel hombre tan lijero, tan inconsecuente? Qué discurso! Qué calor! Podrá imitar tambien el artificio el acento de la verdad? Es un modelo de

perfecciones, ó un mónstruo de astucia y de perfidia? Imposible es mirarle con indiferencia. Es preciso amarle. Sí, sí... amarle ó aborrecerle.

ESCENA XIII.

CLARA.—JULIA.

JULIA. Qué le ha dicho á usted don Félix, que se retira tan triste?

CLARA. Julia.

JULIA. Señora?

CLARA. Compadéceme.

JULIA. Por ventura, han perdido ustedes la apuesta ambos y al mismo tiempo?

CLARA. Sandoval me conoce, hace mucho tiempo que me ha visto.

JULIA. Ya lo sabia: me ha hablado del pleito; me lo ha contado todo.

CLARA. El pleito! ya lo habia olvidado. Sabes que esto hace cambiar mucho las cosas?

JULIA. Sin duda.

CLARA. Ayúdame, Julia, aconséjame. Sandoval es un aturdido ó un hombre honrado? Me ama, ó quiere burlarse de mí?

JULIA. Yo solo puedo creer lo primero de un caballero tan amable.

CLARA. Amable! Crees que puede ser un hombre amable con ese tono de fatuidad y de burla?

JULIA. Tiene usted razou: ha estado algo impertinente.

CLARA. Qué sabes tú, necia? Ha olvidado, por ventura, ni un solo instante los miramientos que se deben á una señora?

JULIA. Eso sí; respetuoso y cortés como ninguno.

CLARA. Calla, simple, calla. Cortés un hombre que propone á una dama apuesta tan ridícula y tan poco decorosa!

JULIA. Apostar á que ha de hacerse querer en el término de veinticuatro horas! Efectivamente, eso es una insolencia.

CLARA. No es una insolencia cuando no se puede pasar por otro punto.

JULIA. Y él lo ha demostrado muy ingeniosamente.

CLARA. No sabes lo que te dices! La apuesta es ingeniosa sin duda alguna, pero el plazo de veinticuatro horas es una solemne necedad.

JULIA. Está visto: usted ha hecho muy mal en aceptar esa maldita apuesta.

CLARA. No he hecho sino muy bien. Ya ves... si Sandoval fuese un hombre honrado.

JULIA. Honrado. Vaya si lo es! Estoy segura.

CLARA. Sí, sí, fíate de los hombres.

JULIA. Dice usted bien: el mejor de todos es un bribon.

CLARA. Estás insufrible!

JULIA. No hay uno solo de quien nos podamos fiar.

CLARA. Ni uno solo? Parece que tienes gusto en contradecirme! Vete!... Quítate de mi vista. Si sigo oyéndote, acabaré por hacer un disparate.

JULIA. (Se me figura que en las veinticuatro horas hay veintitres demas.) (Váse por el foro.)

ESCENA XIV.

CLARA.

Venturosos aquellos que no tienen criados! Qué azote! Qué plaga! Qué peste! Porque he sido demasiado buena, porque he permitido á esa muchacha cierta familiaridad, ahora se goza en mortificarme... Volverá Sandoval? Qué debo pensar de él? Qué piensa él de mí?... No quiero perder la apuesta y temo no poder ganarla.

ESCENA XV.

CLARA.—JULIA.

JULIA. (Dándoselas.) Dos cartas, señora.

CLARA. Ah! esta es de mi abogado. (Abre la carta y lée.)

«El pleito, señora, se habrá sentenciado dentro de dos horas en favor de usted.» Cielos! «Debe usted esta inesperada actividad á las vivas instancias del señor diputado don Félix de Sandoval.» Oyes? «A pesar de haberle prometido guardar silencio, hoy el deber me obliga á revelar á usted el nombre de su bienhechor. A él y no á mí, deberá usted un resultado venturoso. A la una.» Y ahora son las tres, Julia, mi suerte está decidida. Veamos la otra carta. Cielos! de Sandoval. (Despues de haberla abierto lée.) «La segunda entrevista, señora, me ha probado que he perdido la apuesta. Adjunta hallará usted en billetes de banco la suma convenida. Solo volveré á presentarme en su casa de usted para decirle adios.» Y yo le digo á usted caballero!... No, no; se lo diré á él mismo.

JULIA. Lo ve usted, señora? Es un hombre de bien.

CLARA. Oh! es todo un caballero! Un hombre como hay pocos en el mundo! Bien lo suponia yo: esa apuesta era demasiado extravagante para haber sido hecha de buena fé.

JULIA. Y tendrá usted la crueldad de ganarla?

CLARA. Oh! eso seria horrible!

JULIA. Me parece que ya no se volverá usted á fastidiar.

CLARA. Pero va á partir, quieren casarle.

JULIA. Pues bien, señora, cásese, pero con usted.

CLARA. Eh! quita allá.

JULIA. Alguien se acerca.

CLARA. Oh! El es.

ESCENA ULTIMA.

CLARA.—JULIA.—FÉLIX, en trage de camino.

CLARA. Ah! Caballero! Conque tan solo debo á usted laceleridad con que se ha terminado mi pleito?

FÉLIX. Tengo el gusto de noticiarle á usted que ya se ha sentenciado en su favor.

CLARA. Cielos! Deber á usted tanta ventura y recibir de su lábio tan grata noticia son dos placeres que en vano

trataria de ocultar. Pero, va usted á partir tan pronto? (Reparando en su trage.)

FÉLIX. Una silla de posta me aguarda á la puerta. Ruego á usted que me dispense si me presento en este trage.

CLARA. Pero dígame usted, ese casamiento, esta partida son absolutamente indispensables? Dispénseme usted, soy mujer y por lo tanto curiosa.

FÉLIX. Mi padre quiere que me case... pero me deja la eleccion.

CLARA. Y la partida?

FÉLIX. La partida seria inútil si hubiese ganado la apuesta, pero habiéndola perdido, no quiero permanecer en Madrid un solo dia.

CLARA. Pero antes de partir, caballero, es preciso que yo le devuelva á usted lo que contiene esta carta. (Alargándole los billetes de banco.)

FÉLIX. No he perdido la apuesta?

CLARA. Tome usted, tome usted. Pretender que me quede con este dinero es hacerme una injuria.

FÉLIX. Cabia en lo posible que yo ganase?

CLARA. En rigor... sí... sin duda.

FÉLIX. Pues yo no me hubiera negado á admitir esa cantidad.

CLARA. Diga usted lo que quiera, yo no debo aceptarla.

FÉLIX. Por qué razon?

CLARA. Porque... no quiero... porque no puedo... porque no debo aceptarla.

FÉLIX. Pero por qué, señora, por qué?

CLARA. No lo he dicho ya? Porque... no debo, porque mi conciencia... no me lo permite. Entiende usted?

FÉLIX. No señora, no entiendo una palabra.

CLARA. Jesús! usted me desespera!

FÉLIX. Pero hable usted. Por qué?

CLARA. Pues bien, porque no debo aceptar... como ganada...

FÉLIX. Acabe usted.

CLARA. Una apuesta...

FÉLIX. Clara!

CLARA. Una apuesta...

FÉLIX. Por favor!

CLARA. Que he perdido.

FÉLIX. (Cayendo á sus pies y besándola una mano.) Oh felicidad!

CLARA. (Tapándose el rostro con el pañuelo.) Qué vergüenza, Dios mio! (Breve pausa.)

FÉLIX. Mal dice ese rubor en tu rostro hechicero cuando acabas de hacerme feliz para toda la vida.

CLARA. Estaba de Dios! Sépalo usted! Mis miradas habian penetrado á través de esa celosía en que usted se ocultaba: no ha pasado usted una sola vez por la calle que yo no le haya visto, y si hoy ese libro se me ha caido á la calle...

FÉLIX. Acaba.

CLARA. Ha sido porque se me escapó de las manos.

JULIA. Lo habia adivinado.

FÉLIX. Tambien yo.

JULIA. Y el viaje?

FÉLIX. Ya he vuelto.

JULIA. Y la apuesta?

FÉLIX. (Dándole los billetes.) Tú la has ganado.

JULIA. Yo? Acepto.

FÉLIX. No en vano esperaba yo, Clara hermosa, que mi estratagema mereceria tu aprobacion.

CLARA. Mas ay Dios! lo que yo apruebo.
reprueban otros quizá. (Señalando al público.)

FÉLIX. (Adelantándose resueltamente.)
Quién dijo miedo? Allá vá.

CLARA. Vamos, habla.

FÉLIX. (Retrocediendo.) No me atrevo.

CLARA. Al débil tenaz asedias
y ahora enmudeces?

FÉLIX. Pues no?
Quisiera haber visto yo
al Cid haciendo comedias...

CLARA. Lisonjero aplauso aqui
pronto con júbilo oiremos.

FELIX. Vana esperanza!

CLARA. Apostemos.

FÉLIX. Yo á que no.
CLARA. Pues yo á que sí.
FÉLIX. Temo ganar!
CLARA. (Dirigiéndose al público.)
Hazle ver
que infundado es su temor:
público amigo y señor,
te lo ruega una mujer.

FIN DE LA COMEDIA.

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS DEL REINO.

Madrid 5 de Mayo de 1851.

Aprobada y devuélvase.

José Valero y Soto.

Achaques de siglo actual.
Un Hidalgo aragones.
Un Verdadero hombre de bien.
La Esclava de su galan.
Pecado y expiacion.
¡Fortuna te dé Dios, hijo!
No se venga quien bien ama.
La Estudiantina.
La Escala de la Fortuna.
Amor con amor se paga.
Capas y sombreros.
Ardides dobles de amor.
El Buen Santiago.
¡Ya es tarde!
Un cuarto con dos alcobas.
¡Lo que es el mundo!
Todo se queda en casa.
Desde Toledo á Madrid.
El Rey de los Primos.
La Caverna invisible.
Quien bien te quiera te hará llorar.
Marica-enreda.
Flaquezas y Desengaños.
La Amistad ó las tres épocas.
El Diablo las carga.

EN DOS ACTOS.

Desdichas de Timoteo.
La luna de miel.
Un Ente como hay muchos.
Cornelio Nepote.
Los Pretendientes del dia.
Los dos amores.
Deudas del alma.
Pipo, ó el Princ. de Montecresta.
Las diez de la noche.
El Congreso de Jitanos.
El Preceptor y su mujer.
La Ley Sálica.
Un Casamiento por hambre.
Antes que todo el honor.
¡Un Divorcio!
La Hija del misterio.
Las Cucas.
Gerónimo el albañil.
María y Felipe.

EN UN ACTO.

De fuera vendrá.....
Juan el Tornero.
La doctora en travesuras.
Un milagro del misterio.
La Mula de mi doctor.
A los pies de V., señora.
Remedio para una quiebra.
El sistema de Felipa.
El sistema de Felipe.
La mujer de dos maridos.
Ladron y Verdugo.
La astucia rompe cerrojos.
Un viaje alrededor de mi mujer.
Un viaje alrededor de mi marido.
El marido universal.
Un Sentenciado á muerte.
No se hizo la miel...
Los Preciosos ridículos.
Lo que al negro del sermon.
La Union carlo-polaca.
Pepiya la aguardentera.
¡¡Ingleses!!
Un Fusil del Dos de mayo.
Cuerdos y locos.
Pst., Pst.
Entre Scila y Caribdis.
Al que no quiere caldo.
La Piel del Diablo.
Si buenas ínsulas me dan...
El Perro rabioso.
De qué?
La Herencia de mi tia.
La Capa de Josef.
Alí Ben-Salé-Abul-Tarif.
Los Apuros de un Guindilla.
El Sacristan del Escorial.
El Sol de la libertad, *loa.*
Amarse y aborrecerse.
Trece á la mesa.
Dos Casamientos ocultos.
Cinco pies y tres pulgadas.
A la Córte á pretender.
Con el santo y la limosna.
De Potencia á potencia.
Las Avispas.
El Aguador y el Misántropo.
Acertar por carambola.
El Rey por fuerza.
Las Obras de Quevedo.
Un Protector del bello sexo.
No siempre lo bueno es bueno.
Huyendo del peregil.
El Chal verde.
El oro del cielo.
La Esperanza de la Patria, *loa.*
Alza y baja.
Cero y van dos.
Por poderes.
Una Apuesta.
¿Cuál de los tres es el tio?
La Eleccion de un diputado
La Banda de capitan.
Por un loro!
Simon Terranova.
Las dos carteras.
Malas tentaciones.
Dos en uno.
No hay que tentar al Diablo.
Una Ensalada de pollos.
Una Actriz.
Dos á dos.
El Tio Zaratan.
Los Tres ramilletes.
El Corazon de un bandido.
Treinta dias despues.
Cenar á tambor batiente.
Las Jorobas.
Los Dos amigos y el dote.
Los Dos compadres.
No mas secreto.
Manolito Gazquez.
Percances de un apellido.
Clases pasivas.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero.
Estrupicios por amor.
Mi Media naranja.
Un Ente singular!
Juan el Perdio.
De casta le viene al galgo.
¡No hay felicidad completa!
El Vizconde Bartolo.
Otro Perro del hortelano.
No hay chanzas con el amor.
¡Un bofeton.... y soy dichosa
El Premio de la virtud.
Sombra, fantasma y muger.
Cuerpo y sombra.
Un Angel tutelar.
El Turron de Noche-buena.
La Casa deshabitada.
Un Contrabando.
El Retratista.
Un Año en quince minutos.
¡Un Cabello!
Como usted quiera.

ZARZUELAS CON SUS PARTITURAS Á TODA ORQUESTA.

Concha!
Diego Corrientes.
El Padre Cobos.
Una Aventura en Marruecos.
Haydé ó el secreto.
El Tren de escala.
Aventura de un cantante.
La Estrella de Madrid.
Don Simplicio Bobadilla.
El Duende.
El Duende, segunda parte.
Las Señas del Archiduque.
Colegialas y soldados.
Tramoya.
Gloria y peluca.
Palo de ciego.
Tribulaciones!!
El Campamento.
Por seguir á una muger.
Buenas noches, señor don Simon.
Misterios de bastidores.
El Marido de la muger de D. Blas.
Salvador y Salvadora.
¡Diez mil duros!
Los Dos Venturas.
De este mundo al otro.
El Sacristan de San Lorenzo
El Alma en pena.
La Flor del valle.
La Hechicera.
El Novio pasado por agua.
La Venganza de Alifonso.
El Suicidio de Rosa.
La Pradera del canal.
La Noche-buena.
Una Tarde de toros.
Partitura del Duende, para piano y canto.

ADVERTENCIAS.

Tomando toda la coleccion de la España dramática, se hace la rebaja de 50 por 100.

Pidiendo ejemplares á la Direccion, que lleguen á 200 rs., se hace la rebaja de 20 por 100.

El Círculo Literario Comercial se halla establecido en la calle de Lope de Vega, núm. 26.